

REGLAMENTO

DE

VIDA CRISTIANA.

escrito y publicado por la noble señorita

MARIA FRANCHI DE CAVALIERI

y precedido de algunos apuntes
sobre su vida,

TRADUCIDO DEL ITALIANO

por un

Misionero del I. C. de Maria.

Con licencia eclesiástica.

Lérida.-Imp. Mariapa.-1893.

MAR-4/0032
16436 20265

REGLAMENTO
DE
VIDA CRISTIANA,

escrito y publicado por la noble señorita

MARIA FRANGHI DE CAVALIERI

Y PRECEDIDO

DE ALGUNOS APUNTES SOBRE SU VIDA

TRADUCIDO DEL ITALIANO

por un

Misionero del I. C. de Maria.



LÉRIDA
Imprenta Mariana
1898,

À las Hijas de Maria

DE ESPAÑA

dedica este pequeño trabajo, y
les desea la felicidad temporal
y eterna

El traductor,

Jerónimo Batlló y Quintana,

C. M. F.



A las Hijas de María.

HIJAS vírgenes de la Reina de las vírgenes, á quien consagrásteis los lirios y las rosas de la primavera de vuestra vida, esto es, los efectos de un corazón puro y palpitante de amor celestial; tomad, os ruego, tomad este librito escrito por una dulce compañera vuestra, que ya voló al cielo, y que fué hallado en la cabecera de su lecho de muerte al vestir su cadáver. Es un reglamento de vida cristiana que ella compuso según se lo dictaba su corazón, corazón virginal y puro de todo afecto terreno, todo amor para Jesús y María, y anheloso de imitar aún en medio del mundo la perfección de la vida del

claustro. Es la única memoria que, por un rasgo singular de la divina Providencia, escapó de las llamas, á que fueron entregados sus muchos escritos; en los cuales, segun nos atestiguó quien los conocia, se reflejaba, como en limpidísimo espejo, la luz de una mente elegida é ilustrada por la gracia, y el esplendor de un alma pura. Si bien es de deplorar la pérdida de aquellos escritos, no obstante al conocedor de las cosas de espíritu le bastará la simple lectura de este REGLAMENTO, que observó fielmente la jóven Maria, para hacerse cargo del alto grado de perfeccion á que dirigió sus miras y los esfuerzos generosos y constantes de una voluntad deseosa únicamente de agradar en todas sus cosas á su divino Esposo y á su Madre Santísima. Aquí, oh Hijas de María, hallaréis abundancia de santos pensamientos y afectos, de tiernas oraciones, de prácticas devotas y de industrias ingeniosas para mantener ardiente y viva la llama de la caridad, y para andar sin contaminaros aún en medio de las suciedades del siglo. Aquí aprenderéis el secreto de la vida interior, oculta

á los ojos del mundo y conocida solamente de Dios, ante quien cualquiera de vosotras puede ser santa sin parecerlo siquiera. Aquí, finalmente, veréis como aún en el seno de la familia y entre el trato social puede regularse la vida de tal manera, que todas las acciones del dia hasta las más indiferentes sean agradables á los ojos de Dios por la rectitud de intencion y el espíritu de caridad que las informa; y como puede y debe distribuirse el tiempo, de modo que Dios siempre lleve la mejor parte, y sea el único Dueño de todos los pensamientos y afectos. Debo además advertiros que en él encontraréis cosas que son más bien para admirar que para imitar, como son algunas de sus penitencias y tantas pequeñas prácticas de piedad, que muy pocas de vosotras podrian adoptar; pero me ha parecido cosa útil el publicar dicho Reglamento, porque en él hay cosas que pueden ser de grandísima utilidad á todas. Leed, pues, y aprended: y agradeced el fruto que sacareis de la lectura de este Reglamento á la que lo escribió y selló con el ejemplo de su vida, de

la cual voy á daros una brevísima noticia que servirá de preámbulo.

F. J. Rondina d. C. d. J.



APUNTES

sobre la vida de la noble señorita

Maria Franchi de Cavalieri.



I.

TANTO es más admirable cuanto más rara aquella flor que se ostenta bella y vigorosa, nó en el jardín cerrado del claustro, sinó en el campo abierto del mundo. Esta flor fué la jóven Maria Franchi de Cavalieri, flor ¡ay! arrebatada demasiado pronto de la tierra, por ser envidiada del cielo, y trasplantada por Jesus en sus eternos jardines.

Nació Maria en Vérolí el día 12 de Agosto de 1863, siendo sus padres el Caballero Juan Andrés, noble Romano, y la Condesa Polisena Borgogelli de Fano, ámbos á dos cristianos antiguos y de singular piedad, muy conocidos y apreciados en Roma, donde reside hace mucho tiempo la familia Franchi. Estos piadosísimos padres, acostumbrados á educar y hacer crecer su prole en el santo temor de Dios, cuando el cielo les concedió esta hija angelical, anduvieron solícitos en ingerir en su alma virginal, los primeros gérmenes de las más selectas virtudes cristianas. De aquí resultó que la tierna niña, habiendo sido dotada por Dios de un alma exquisitamente sensible á la belleza moral de la virtud, se enamoró fuertemente de ella, y cual rosa que despliega sus pétalos á los primeros rayos del sol, así abrió su blando y afectuoso corazón al suave calor de aquella caridad que fecundiza y de-

sarrolla los gérmenes preciosos depositados en él por una cristiana educación.

II.

Efectivamente, el primer amor que, por decirlo así, nació con ella y que desde sus primeros albores dió vida á su espíritu, forma al pensamiento, colorido á las imágenes, calor á los afectos y alas á las celestiales aspiraciones de su corazón, fué el amor santo de Dios. ¡Oh! ¡y de qué manera esta activa llama del cielo se apoderó del corazón de aquella niña afortunada, que no anhelaba ni aspiraba á otra cosa que agradar á su Dios! Fruto de este amor era su asiduidad en orar, consagrando á la oración y meditación de las cosas celestiales, la primera hora del día; y mientras estudiaba, trabajaba y se dedicaba á los quehaceres domésticos, elevaba con mucha frecuencia su

entendimiento y corazón á Dios, ya renovando la recta intención de hacerlo todo á la mayor gloria de su Señor, ya haciendo fervorosas jaculatorias, que eran como elevaciones de su alma al cielo, ó como flechas de amor que ella de tanto en tanto arrojaba á los Santísimos corazones de Jesús y María. Efecto de este amor era también aquel encendidísimo deseo de unirse á su divino Esposo en la Santa Comunión; por esto ella acostumbraba hacer la comunión espiritual muchas veces al día, y casi todos los días se acercaba á la mesa de los Angeles, entreteniéndose largo rato con Jesús Sacramentado, con el cual desahogaba su corazón. De la misma fuente de amor salían aquellos actos de consagración á Jesús que la joven á menudo renovaba, las frecuentes visitas á su Señor en el Sacramento, la devoción con que asistía al divino Sacrificio, la ferviente piedad con que se aparejaba á celebrar las fies-

tas, el cuidado de adornar y enriquecer cuanto podía su oratorio privado con el trabajo de sus mismas manos, la ternura que sentía al meditar los misterios de la vida, pasión y muerte del Salvador, el afecto con que hablaba ó escribía de ellos, las celestiales delicias que experimentaba muchas veces en la oración, en la cual con frecuencia parecía deshacerse el corazón; pero sobre todo su constante unión con Dios, pues, su amado Jesús señoreaba todos sus pensamientos reinaba en su corazón. Hablando de éste su amor con su tía, á quien descubría el interior de su alma, solía decirle: «No puedes formarte idea de lo que es amar verdaderamente á Jesús. Yo le amo tanto, que siento deshacerme de amor.» Mas, cuando quería alcanzar del Señor alguna gracia especial para sí ó para otros, ¡ah! entonces, según atestiguan los suyos, nunca acababa de rogar, y siempre con igual fervor é ilimitada confianza en la bondad divina.

III.

De este ardiente amor procedía asimismo la tierna devoción y filial confianza que tenía en la Madre Santísima de Dios, á la cual solía llamar su cara Mamá, y se esmeraba en honrarla del mejor modo que podía, ya con actos cotidianos de una mortificación ó flores de virtudes de que hablaré luego, ya venerándola con prácticas piadosas y devotas. Tales eran entre otras el rezo diario de los cinco salmos del nombre de María y la del oficio de la Santísima Virgen propio de la Congregación, las novenas de preparación para sus fiestas, la religiosa práctica del Mes de María, que lo celebraba con gran fervor, el Santo Rosario, y otras oraciones cotidianas, y finalmente, estaba agregada á varias pías uniones dirigidas á fomentar el culto á la gran Madre de Dios, de

entre las cuales ella dió la preferencia, como era razón, á la Congregación de las Hijas de María; porque ésta contiene la flor de la devoción, que es la oblación entera de sí misma á la Reina del cielo, y porque así se disponía mejor á la realización de un designio de ella muy acariciado, cuál era el de consagrarse enteramente al Señor tomando el sagrado velo en el convento de las Sacramentarias. La vida de estas Religiosas toda dedicada al amor y culto de Jesús Sacramentado tenía para ella todos los atractivos, puesto que nada había en el mundo que tanto la alagase como el ser toda, enteramente toda de Jesús y María. Muchas veces hablaba con su tía de su vocación religiosa, y para consolarla le decía: «Verás, Catalinita mía, que gracias tan singulares te hará el Señor por el sacrificio que ha de costarte mi separación. ¡Qué gloria te dará en el cielo, en donde estaremos por siempre unidas!» Tan

encendida estaba en ella la llama de la caridad, que, apesar de la gran ternura que tenia á la familia, sin embargo se disponia á abandonarla para consagrarse á Dios en la religion.

IV.

Y porque la caridad para con Dios y su Madre santísima es en el alma cristiana lo que el alma en el cuerpo, el principio vital de las plantas, el Sol en el universo; cosa muy natural era que todos los gérmenes de las virtudes cristianas ingeridos en ella por una cristiana educacion brotasen con presteza y diesen frutos de perfeccion adulta llegados á sazón en la primera flor de su juventud. Su vivísimo deseo de agradar en todas las cosas á su divino Esposo y á Maria, su Madre carísima, hacía la atenta, cauta y vigilante sobre sí misma, para no hacer nada que pudiese

ofender á sus purísimos ojos. Esto la obligaba á hacer todos los dias sus exámenes de conciencia, en los cuales recorria con el pensamiento todas las acciones del día aún las más pequeñas, más, diré, todos los movimientos de su ánimo; sus frecuentes confesiones acompañadas de la más diligente preparacion, de verdadera contricion y de una voluntad firme y sincera de enmendar todo defectillo é imperfeccion en que hubiese incurrido; y finalmente, el exquisito cuidado que ponía en evitar todo lo que pudiese oscurecer en lo más mínimo el candor de su inocencia, como la lectura de novelas cróticas ó amorosas, la vista de pinturas y estatuas indecentes, las chanzas inútiles y conversaciones profanas, los espectáculos peligrosos, el trato familiar con personas del otro sexo, en fin, todo lo que pudiese dar ocasion al enemigo infernal de anublar la pureza de su entendimiento y de suscitar en su cora-

zon todo movimiento de pasión des-
arreglada.

V.

Una alma tan enemiga de toda man-
cha de culpa no podía ménos de tener
en gran estima aquel lirio, que es el
adorno más bello de la mujer cristiana,
quiero decir, la virginidad; y la jóven
Maria estaba tan enamorada de ella,
que, solía llamarla su joya, y joya que
apreciaba más que todos los tesoros del
mundo. Despues de haber consagrado
á la Reina de las vírgenes su bella azu-
cena, para mejor guardarla, queria,
como dije arriba, trasplantarla en el
jardin del claustro; más una muerte
prematura le impidió dar cumplimen-
to á este designio, que ocupaba todos
sus pensamientos y atraía todas las as-
piraciones de su corazón. Con todo,
imitando el arte é industria de un cui-

dadoso jardinero, supo conservar in-
maculado su cándido lirio aún en
medio de las suciedades del mundo: y
así como aquél procura tener siempre
limpia y aseada la tierra donde crece
la blanca flor, y riega á menudo su
tallo y raíces á fin de que ni las yerbas
cercanas le hagan sombra, ni le quiten
la fecundidad de los humores vitales;
de la misma manera la jóven Maria
ponia sumo cuidado en tener su co-
razon desembarazado enteramente y
limpio de todo amor mundano, su en-
tendimiento de todo vano pensamiento,
su fantasía de toda imágen seductora,
su cuerpo y sentidos de cuanto pudiese
excitarle el fomes de la concupiscencia.
Sentada á la mesa, para mortificar el
gusto, dejaba con particular cuidado
los bocados más sabrosos; y levantada
la mesa, retirábase luego que podía, á
orar en su aposento. Cuando le era pre-
ciso salir de casa por recreo, dirigia án-
tes una ferviente oracion á Dios á fin de

que le alejase todo peligro de ofender ni aún ligeramente á su amado Jesus. Al vestirse, desnudarse y lavarse llevaba hasta el escrúpulo su modestia y delicada circunspeccion. Nunca llevaba vestidos magníficos, y aborrecia los adornos y tantos perifollos con que suelen engalanarse las jóvenes de rica y noble condicion. Mas, si alguna vez se veia obligada á ponerse alguna gala por voluntad de sus padres ó porque así convenia, lo hacia apesar suyo, y de esto mismo tomaba motivo de humillarse, comparando su honroso vestido con la desnudez y padecimientos de Cristo. Andaba por las calles con los ojos circunspectos, recogidos y la mayor parte de las veces los llevaba modestamente bajos, á fin de no dar con objetos que el pudor virginal no puede mirar sin encenderse la cara de rubor. Si habia de asistir á alguna tertulia, velada ó funcion de teatro, (aunque iba muy raras veces, de mala gana, y so-

lamente para complacer á los otros,) para precaverse de todo peligro de seduccion, se fortalecia siempre con la oracion, con traer á la memoria consideraciones piadosas y redoblar la vigilancia sobre sí misma y sobre sus sentidos.

VI.

Y ¿qué diré de las penitencias voluntarias con que mortificaba su carne? Indicaré lo que apénas parecerá creíble, pero que me lo ha atestiguado su familia, en la cual no hay individuo cuyo testimonio no merezca completa fe, como muy bien lo saben todos los de Roma que la conocen. Esta, pues, me contó, que la joven Maria practicaba aquel árduo propósito que hizo y que se lee en el REGLAMENTO, en donde dice, que quiere abstenerse de beber en los viérnes y en los sábados en memoria

de la sed que padeció Cristo en la cruz. Y porque sus padres y demás parientes se lo reprobaban como un exceso de mortificacion que debía dañar ó más bien destruir del todo su salud, se excusaba diciendo, que no sentia necesidad de beber; y no salia de su propósito sinó cuando sus padres se lo mandaban. En dichos dias, cuando sus padres no la veían, se abstenía de toda clase de bebida áun en los calores más ardientes del estío: penitencia más de admirar que de imitar. Mortificábase igualmente en el comer. Nunca probaba manjares delicados ni golosinas, y de los mismos platos que se servían en la mesa escogía los ménos gustosos. Era tan parca en el comer, que sus padres habian de emplear el precepto las más de las veces para obligarla á tomar más alimento. Con estos rigores se habia debilitado mucho y desmejorado la salud; por esto advertí desde el principio á las hijas de Maria, á quienes

están dedicados estos apuntes, que se encontraban en la jóven Franchi cosas dignas más bien de admiracion y encomio, que de imitacion. Nada diré acerca del levantarse muchas veces por la noche á orar, del largo tiempo que estaba arrodillada y con frecuencia teniendo las manos puestas debajo las rodillas, ó con los brazos extendidos, ni haré mencion de otras mortificaciones que practicaba secretamente y que no se especifican en su REGLAMENTO.

Aunque Maria, para reprimir el orgullo de la carne siempre rebelde al espíritu, no hubiese hecho otra cosa que negarle toda satisfaccion, guardar cuidadosamente los sentidos, huir el lujo y la vanidad del siglo, aborrecer los placeres y pasatiempos del mundo, y observar en todas las cosas la divina templanza y modestia; bastaria todo esto para hacerla un modelo de mortificacion y proponerla como ejemplo de imitacion á las jóvenes que viven en

medio del mundo. De todo lo dicho puede colegirse la exquisita vigilancia con que esta vírgen verdaderamente cristiana conservaria la hermosa flor de su pureza. Mas, como no es bastante el guardar esta flor, sinó que es preciso cultivarla y hacerla crecer; ella lo hacia con la oracion y union habitual de su alma con Dios, con la frecuencia de los Sacramentos, que dijimos poco ántes, y con lecturas devotas, entre las cuales daba la preferencia á las vidas de los Santos, y principalmente, de las vírgenes esposas de Jesucristo.

VII.

Del grande amor que tenia á Jesus, nacia el ardiente deseo que la abrasaba, de imitar sus ejemplos y de esculpir en su corazon virginal la imágen divina. Así es que se ejercitaba en la humildad, raíz y fundamento de todas

las virtudes, huyendo las pompas del siglo, y aún las apariencias de la piedad y de la devocion. Ocultaba á los demás las mortificaciones que practicaba, conservando siempre tanto en casa como fuera de ella un semblante y continente airoso, alegre y jovial. No deseaba agradar á los hombres, ni hacia ostentacion de los muchos dónes de naturaleza y gracia que la adornaban. Si alguna vez se mostraba algo sensible á la humillacion, serenábase al momento, sin encolerizarse jamás contra quien la habia humillado; ántes bien tomaba de aquí ocasion de confundirse á la presencia de Dios por no haber sabido imitar perfectamente á su divino Maestro.

Hija de la humildad es la obediencia; y la jóven Maria despojábase de su propia voluntad para no hacer otra que la de Dios manifestada por sus superiores. Mirando en ellos nó al hombre, sinó á Dios, del cual son representantes

en la tierra, amábalos con ternura y reverencia de afecto filial, y se les demostraba blanda, docilísima y obediente á la menor señal, de modo que era la delicia de sus padres en casa y de sus Maestras en el Pensionado de las religiosas de San José de la Aparicion, en donde por espacio de más de nueve años fué adiestrada en el ejercicio de las virtudes cristianas. Sor Maria Labatsu su maestra y educatriz en una breve memoria que de ella dejó escrita, entre otras cosas edificantes dijo lo que á continuacion transcribo: «Ella (Maria) en toda su sencillez me descubria los dulces misterios y santas armonías de su corazon, y me comunicaba todos sus pensamientos y afectos, como si las dos formásemos una sola alma, pues me amaba como á su misma alma, al par que yo le correspondia con igual amor.» Este tan grande afecto y confianza que ella tenia con la que dirigia su educacion no provenia tan solamente de la sinceridad

y candor naturales de su hermosa alma, sinó que principalmente procedia del vivo deseo que tenia de ser bien dirigida en el espíritu y bien guiada en el camino de la perfeccion cristiana. Así es que nada ocultaba á su maestra, ni á sus padres, y mucho ménos á su confesor, del cual se dejaba gobernar y dirigir con humildad y sencillez infantil en todo lo tocante á su alma, teniendo presentes las palabras de Jesucristo, que se leen en San Mateo, cap. 18.: «*Si no os hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.*»

VIII.

Si la humildad, madre de la obediencia y de todas las virtudes, es la base ó fundamento del edificio espiritual, la caridad es su complemento y corona. Cuanto amase á su Dios la jóven Maria, lo hemos visto en todo el tenor de su

vida dirigida á glorificar al Señor; cuanto amase á su propia alma, bien lo dá á comprender el cuidado que tuvo de santificarla; cuanto amase al prójimo, se verá claro y manifiesto por lo que ahora vamos á decir.

El acto más perfecto de caridad para con el prójimo es el celar la salud de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo: pues bien, no pasaba día sin que la jóven Maria ofreciese al Señor preces y flores de virtud por la conversion de los pecadores y en sufragio de las almas del Purgatorio. Aplicábase además á la utilidad ó al bien espiritual de las personas con quienes vivia, por medio de conversaciones piadosas y devotas, y sobre todo edificándolas con el ejemplo de su vida, que es la predicacion más elocuente y persuasiva. Era siempre condescendiente con sus compañeras de Colegio; se acomodaba á su índole, soportaba sus defectillos, secundaba sus gustos en

cuanto podia; era con ellas placentera y afable, y siempre pronta á ayudarlas; en fin, las amaba como á hermanas, y tratábalas con aquella familiaridad que nunca vá separada del respeto y de una exquisita cortesía. De ella dice su maestra en una testificacion que tengo á la vista: «(Maria) era dulce, pudorosa, noble, y al mismo tiempo tan festiva y jovial, que al sólo mirarla alegraba á todos y robaba el corazon... No puedo explicar la complacencia que yo sentia al ver como sus compañeras quedaban admiradas de la perspicacia de su entendimiento, de la bondad y mansedumbre de su corazon, de la peregrina amabilidad de sus gracias infantiles, de su natural inclinacion á la virtud y devocion, y de las ingeniosas respuestas que sabia dar á su lugar y tiempo.»

De aquí cualquiera puede colegir qué provecho habia de reportar á las compañeras su buen ejemplo, y cuánto las habia de animar su compañia. Así en

su casa como en el colegio ella era la delicia de todos; porque á todos amaba tiernamente en Jesucristo, y de todos era igualmente amada. Se mostraba obsequiosa, tiernísima, abierta con sus padres y tía, á la cual, despues de la muerte de su querida mamá ella miraba como una segunda madre; toda amor para sus hermanos y hermana, con los que dividía los gozos y las penas de la vida; toda entrañas de caridad y compasion para con los criados, á quienes nunca mandaba con imperio ni les era molesta, ántes bien los excusaba cuanto podía y los consolaba en sus aflicciones y enfermedades. No hay que decir que con los pobres tenia una ternura de madre: ayudábales con el trabajo de sus manos, que ella no dejó ni áun en su larga enfermedad, no perdonando por ellos aquellos pequeños sacrificios, digo pequeños en sí mismo, pero grandes delante de Dios, que están al alcance de quien se encuentra todavía bajo la

tutela de otro, como era el consagrar al alivio de ellos el poco dinero que recibia para su uso.

IX.

Así como de la caridad para con Dios nacia en ella el amor del prójimo, de la misma tambien descendia la mansedumbre y la paciencia en sobrellevar las adversidades y tribulaciones, en una palabra, el amor de la cruz.

Aquel Dios que distribuye las cruces á medida de nuestras fuerzas y en razon del mayor ó menor grado de perfeccion á que nos llama, dió á la jóven Maria nó una, sinó muchas cruces á la vez, y la una más pesada que la otra. La cruz interior, que soportó por muchos años, fué la de los escrúpulos, cruz pesada como ninguna, penosa y quebrantadora para un alma pura, que aborrece el pecado sobre todo mal, y

que ama tiernamente á su Dios, al cual quisiera agradar en todas las cosas. Cada vez que se acercaba al tribunal de la penitencia, aunque llevase las mejores disposiciones de ánimo y la preparacion más diligente que pudiera desearse, como verá el que lea su REGLAMENTO, se veia no obstante asaltada del temor de no confesarse bien, temor que la ponía en terribles angustias y le atormentaba el corazón. Vuelta à casa despues de la confesion, corría al punto à la confidente de su alma, à su tia, y prorumpía en copiosísimo llanto, manifestándole sus temores y pidiéndole consejo de si debía comulgar en el día siguiente. Inútil es decir que tanto la tia como el confesor la animaban; más ella no quedaba del todo tranquila hasta despues de la Comunión, cuando la presencia de Jesucristo quitaba de su alma toda nube de duda, y le devolvía la paz y tranquilidad del corazón.

El horror que tenía al pecado hacia

que temiese faltar aún en las cosas indiferentes, permitiéndolo así Dios para mejor fundarla en la virtud; por esto cuando le parecia haber caído en algun pecado, íbase à la tia deshaciéndose en lágrimas, y con voz entrecortada por el llanto le contaba sus penas. No le era difícil à la tia el demostrarle que aquellos temores eran vanos, que no tenía motivo de afligirse y atormentarse: más no por esto lograba tranquilizarla del todo. Así que, la cruz de los escrúpulos apesadumbró todavía por mucho tiempo à su alma; à esta cruz Dios le añadió otra que por mucho tiempo debía atormentarle el cuerpo atrocemente.

X.

Esta fué la cruz de la enfermedad, la que tanto la afligió, privándola àun del más inocente alivio. Tenía grande empeño en aprender; y tuvo que interrumpir el estudio por causa de una enfer-

medad de ojos que le ocasionaba espasmos atroces y la amenazaba con la pérdida de la vista. Era apasionada por el canto; pero hubo de dejarlo por debilidad de pecho. Había aprendido algunas lecciones de bandolin, de modo que ya empezaba á tocarlo con soltura; y tuvo que abandonarlo por un artrítide en las manos. Había dado á examinar sus muchísimos escritos espirituales; y no pudo recobrarlos. Deseaba ardientemente continuar escribiendo en prosa y en verso, pero siempre de asuntos pios y religiosos; sin embargo se lo impedía el mal, que agravándose de día en día, la iba consumiendo lentamente. Los cinco años últimos de su vida fueron para ella llenos de padecimientos físicos y morales de toda suerte, de manera que su confesor el P. Ghetti de la Compañía de Jesús, dijo:—¡Pobre Maria! ha sufrido mucho, mucho. En todo este tiempo no tuvo ningun dia bueno: fiebres casi continuas, dolores artríticos

molestísimos, debilidad y náuseas de estómago, y mal de pecho que, consumiéndole el hilo de vida que todavía le quedaba, la condujo al sepulcro en la flor de sus años.

Entre tantos dolores de alma y de cuerpo, la pobrecita perfectamente resignada á la voluntad de Dios, no profería queja alguna: y si tal vez la vehemencia de los dolores le arrancaba de los lábios algun gemido ò voz lastimera, luego se arrepentía y decia á los suyos—que no era tanto lo que el mal la oprimía, ni era verdad que sufriese tanto. No queria que rogasen por su curacion; no obstante se hizo un trídúo á este fin, pero ninguno de casa se lo dió á entender. Solamente cuando, desauciada ya de los médicos vióse al borde del sepulcro, demostró deseo de vivir, por aquella repugnancia que la naturaleza siente á la muerte, y á este fin pidió oraciones, pero con la condicion de que se pidiese para ella sobre

todo la gracia que siempre habia deseado con grande ardor, á saber: de poder hacerse santa, gran santa y pronto santa. Con esta condicion solamente deseaba la gracia de la curacion, de otra suerte renunciaba á ella. El Señor permitió que se apoderase de ella un extraño terror de la muerte; por lo que dirigiéndose á Maria Santísima le dijo: «Madrecita mia, si no quieres hacerme la gracia de curar, al ménos hazme pasar el miedo de morir.» Y su Madre compasiva escuchó desde el cielo aquella tierna oracion, y vino á consolarla, como luego veremos.

XI.

Dos meses ántes de morir su corazon sufrió otra herida, y fué la dolorosa separacion de su hermano menor y de su hermana que tanto amaba. Aunque ella misma habia instado á su padre á que los mandase á veranear fuera de Roma

por razon de su salud, sin embargo sintió toda la amargura de esta separacion de tal manera, que dijo á su tia la noche ántes de que partiesen.—No me digais mañana que se van porque me dá pena. Presentia ella que ya no los veria más. Pocos dias ántes de su muerte pidió á su tia cuando volverian, porque deseaba verlos. Con todo, desde aquel dia en adelante no preguntó más por ellos: es que habia hecho tambien este sacrificio al Señor; y lo dió á conocer con estas palabras que dirigió á su tia: «El Señor poco á poco me vá desasiendo de todos» palabras que ya dijo en otra ocasion, al recordar las personas que más amaba despues de sus padres, y de las cuales entónces se veia abandonada (1). (*)

(1) Cuando se trata de tisis, de ordinario se aleja á las personas jóvenes de quien está afectado de esta enfermedad, porque así lo aconsejan los médicos ó lo quieren los padres.

(*) Lo que acaba de leerse es un mentís á aquellas

Mas, quedó bien compensada con las visitas frecuentes que le hizo el amor suyo, su Jesus Sacramentado, pues en los últimos cinco meses pudo comulgar tres veces al mes como por viático, y asistir desde su lecho al divino sacrificio, que por concesion del Padre Santo se celebraba en una habitacion contigua á la suya. Siempre que recibia en su pecho al divino Esposo, véasele el rostro brillar de alegría y sonreirse dulcemente, mientras que su alma estaba toda absorta y como arrebatada en El. En el mes de Agosto comulgó cuatro veces, una de las cuales como viático, por razon de un fuerte ataque, al que

personas poco cristianas que dicen con sobrada ligereza, por no decir con malignidad, que los que se consagran á Dios, principalmente por el voto de castidad, no tienen amor á nadie, ni áun á la propia familia, lo cual es un error manifiesto: ántes por el contrario, en éstos el amor se perfecciona más y más, se extiende á todos los hombres, y de tal manera se aviva, que los conduce hasta sacrificarse á si mismos por cada uno de sus semejantes, si así conviene.—*N. del T.*

parecia debia sucumbir por momentos: más ella tenia un presentimiento que moriria en Septiembre, y así realmente sucedió.

Entre tanto el mal se iba agrabando; y al primer ataque sobrevino en seis de Septiembre un segundo, que acabó de postrarle las fuerzas. — ¡Ay que me muero! dijo; pronto un Sacerdote; decidme el acto de contricion. Su tia con el corazon destrozado comenzó á rezarlo; la enferma repite sus palabras; y hé aquí que en aquel mismo momento se presenta, sin haber sido llamado, su confesor el P. Ghetti, que acababa de llegar entónces de Mondragon.—Mira que gracia tan singular te hace el Señor, dijo la tia á la enferma; pediste un sacerdote, y El te envia al instante tu confesor. La enferma toda animada hizo en seguida su confesion, y quiso de nuevo recibir el Santo Viático; mas, como éste tardase un poco á llegar, siendo ya de noche, preguntó muchas

veces.—¿Y cuándo viene Jesus? ¡Ojalá viniese pronto!

Despues de haber recibido el Viático, ella misma pidió la Extrema Uncion, que recibió con sentimientos de piedad y devocion tan tiernos, que todos los asistentes quedaron edificados y conmovidos. En uno de aquellos momentos en que se sentia más atormentada del mal, volviéndose á su Confesor, con su acostumbrada ingenuidad le hizo esta pregunta:—Padre, ¿cómo es que yo sufro tanto? El Confesor mostrándole el Crucifijo.—Ahí tienes, hija mia, le respondió, la solucion de tu duda. A esto ella contestó.—¡Ah! el Crucifijo es un gran libro. Jesus estaba pendiente de la cruz, y yo estoy acostada en la cama. Bien es verdad que en esta ocasion es camita un poco incómoda, pero con todo, yo la tengo, y Jesus no la tuvo.

Despues prosiguiendo en sus piadosas consideraciones, añadió:—Es del todo

cierto que en este momento uno no se lleva consigo sinó las buenas obras.

XII.

Toda aquella noche quiso tener cerca de sí al Confesor; y si por un momento éste se alejaba, luego lo llamaba, diciéndole:—Padre, vuelve pronto, estése junto á mi cama y dígame cosas buenas.

Tambien quiso hacer en manos de su padre espiritual los votos religiosos que toda su vida habia deseado; y habiéndole preguntado una de las que la asistian si habia hecho su profesion religiosa, respondió con una agradable sonrisa de complacencia.—¡Vaya si la he hecho! y tomando con sus manos el Crucifijo, y estrechándolo contra su pecho y apretándolo sobre su corazon, dijo:—hé aquí mi esposo.

Cada vez que le enseñaban el Crucifijo ó la imagen de Maria Santísima, los besaba y volvía á besar, y parecia

no poder apartárselos de sus lábios y como si quisiera metérselos dentro de su corazón.

Aquella última noche fué para ella penosa sobre toda ponderacion. El catarro impedíale respirar; un sudor frio le tenia los miembros ateridos y todo su cuerpo enervado y fatigado no hallaba descanso en ninguna posicion. Ella sin embargo todo lo sufría con cristiana resignacion y paciencia, sin dejar oír nunca ni un lamento. Al amanecer aparejóse entre tantos sufrimientos para recibir otra vez la Sagrada Comunión; mas, apénas se había empezado la Misa, se desmayó; vuelta en sí dentro de poco, quiso levantarse del lecho, pareciéndole que María Santísima la había ya curado. Empero pasados algunos minutos recayó en delirio, al salir del cual se puso á cantar con voz suavísima: Viva Jesus, Viva Maria. Cuando su Confesor le sugería alguna jaculatoria, como *Maria Mater gra-*

tiae... etc. ella la repetía muchísimas veces, de modo que parecía saborear toda su dulzura.

No obstante Dios permitió que el enemigo infernal en aquellos últimos momentos viniese á turbar la serenidad de aquella alma elegida; así que, ella mandó llamar luego á su Confesor, que se había retirado en la estancia contigua; éste, despues de haberla rociado con agua bendita, le preguntó.—¿Qué tal, Maria? ¿te sientes todavía tentada?—No Padre, contestó ella, y se quedó tranquila.

Conociendo entónces que su fin se acercaba á grandes pasos, quiso dar un último Adios á todos los suyos, comenzando por su padre y concluyendo en los criados. Suplicó á su padre le concediese la bendición y el perdón de todos los disgustos que le hubiese causado y de todos sus defectos; le besó y abrazó tiernamente, diciéndole que en el Cielo rogaria incesantemente al Señor por él

y como lo viese muy afligido, lo consoló con santas y dulces palabras. A su hermano mayor dijo, que suplicaría á Dios por él y por su esposa, á fin de que bendijese su union, los hiciese felices y concediese todas las gracias necesarias á su estado. Envió su último saludo al hermano más pequeño y á la hermana, que estaban fuera de Roma; y hablando en particular de ésta, añadió—salúdame á mi Marianita, y decidle, que siempre la he querido mucho, y que ruegue por mí. Despues dirigiéndose á su confesor.—Padre, le dijo, doy á V. muchas, muchísimas gracias por la caridad que ha usado conmigo y por todo el bien que me ha hecho. No me olvidaré nunca de V., y rogaré al Señor le conceda todas las gracias que desea, especialmente la de cumplir siempre bien su ministerio; porque los sacerdotes han de dar á Dios estrecha cuenta. Dió las gracias al médico, y le dijo que rogaría por él y por su familia, á fin de

que Dios les concediese la gracia de poder educar cristianamente á sus hijos. Llamò al criado, lo saludó, y le rogó que llevase tambien su último saludo al cocinero; y añadió:—He dejado para vosotros dos un regalito; es poca cosa, porque yo tengo poco. Luego volviéndose á la mujer que le asistia, le dijo:—Antoñica mia, ¡cuánto bien me has hecho! Te lo agradezco muchísimo, muchísimo. Tú has sido objeto de mis pensamientos; y te espero en el Paraiso. Y habiendo la Antonia respondido:—Él espera á todos los de casa en el cielo, ¿no es verdad?—Sí, repitió Maria, á todos, á todos.

Una de las personas que más amaba su corazon, la confidente de su alma, la compañera de su vida doméstica y su piadosa enfermera, que nunca la habia abandonado en los largos meses de su enfermedad, era la tia Catalina: más, estando Maria dotada de un alma noble y afectuosa no le permitia su corazon

el vérsela á su lado en la agonía y en la muerte, porque la amaba demasiado, y sabia que era amada tambien de ella en extremo. Por esto rogó á Antonia qué la apartase de allí, diciéndole...— Haz salir á fuera á la tia Catalina, porque ie causará demasiada pena el verme así. Entónces la tia se retirò en la habitacion contigua, pero volviendo á entrar de tanto en tanto á escondidas al cuarto de la enferma; la cual ántes de entrar en agonía, acordándose de ella, dijo á Antonia.—Salúdame á la tia, mi Catalinita... ¡la quiero tanto!

XIII.

Despues se estuvo callada, y dirigió todos los pensamientos á su Dios. Cuando hé aquí que á un momento brilla la alegría en su rostro y exclama:—Antonia, apártate, ¿no ves? ¿no ves tú á nuestra Señora? ¡Héla aquí! ¡Oh! ¡qué hermosa es!... Luego enmudeció, y como

persona toda absorta en una vision que la llena de delicias y de felicidad, habló tan solamente con la sonrisa, con los ojos y con el semblante, que en aquel instante pareció iluminado por un reflejo celestial. Habiéndole preguntado despues Antonia ¿qué le habia dicho la Santísima Virgen? respondió:—Me ha dicho que ha venido para llevarme consigo al Paraiso. ¡Oh! ahora se me hace tarde de veras la hora de morir. Ahora estoy cierta que moriré; porque desde niña he rogado siempre á Maria Santísima que viniese á hacerme una visita en la hora de mi muerte.

Eran las once de la mañana de la vigilia de la Natividad de Maria; y desde aquella hora la enferma ya no pensó más en ninguna persona del mundo, ni preguntó más por ninguno. Toda su alma estaba ocupada y fija en los dos caros objetos de su amor, Jesus y Maria, à quienes ella con voz moribunda invocaba en cada momento, y

hacia los cuales se lanzaba con el corazón, repitiendo tiernas y afectuosas jaculatorias. Rezó con grande afecto el *Ave Maria*, y profirió todas las palabras del acto de contrición antes de recibir de su confesor la bendición en el artículo de la muerte. Este dirigiéndose á los presentes, y acordándose de la gran devoción de la moribunda á la gran Madre de Dios, les dijo:—Vosotros veréis como ella morirá al entrar la fiesta de la Santísima Virgen: y así sucedió.

Al dar las doce del medio día del siete de Septiembre, esto es, al comenzar el tiempo de primeras Vísperas de la Natividad de María Santísima, y mientras el Confesor y los asistentes rezaban el *Angelus Domini*, la hija devota de María durmióse plácidamente en el ósculo del Señor; y nos sobran fundados motivos para creer y esperar, que su bella alma voló al cielo á festejar á su cara Madre; en donde unida al

coro de las Vírgenes, se goza con la beatífica visión de Dios, prometida á los puros y limpios de corazón. «*Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.*»

Los que la conocieron personalmente dicen, que ella llevaba impresos en su mismo semblante la bondad, la paz y el candor de su alma, que era de facciones regulares, y de un continente magestuoso y dulce: su tez era blanca y rosada, sus cabellos blondos, su persona gallarda, su talante noble, sus modales honestos y delicados.

Aún sobre su lecho de muerte parecía el ángel de la paz que dormía. Su rostro era tranquilo, pero tan sereno y sonriente, que cuantos la vieron ya muerta maravillados decían: parece un ángel del cielo. En la habitación contigua á la de la difunta, á la mañana siguiente se celebraron dos Misas en sufragio de aquella alma bendita; sus restos mortales fueron después llevados á la Iglesia

con modesta y devota pompa, se le hicieron los funerales, y fué sepultada en el cementerio público. Sobre su tumba se esculpió el siguiente epitafio dictado por un Padre de la Compañía de Jesus:

MARIA FRANCHI DE CAVALIERI
NACIDA
EN VEROLI EL XII AGOSTO MDCCCLXIII
DEL CAB. JUAN ANDRÉS
Y DE LA CONDESA POLISENA BORGOGELLI
ESPEJO DE INOCENCIA
EJEMPLO DE SELECTAS VIRTUDES
POR LARGA ENFERMEDAD CONSUMIDA
EL DIA VII SEPTIEMBRE MDCCCLXXXVIII
EN ROMA DURMIÓSE EN EL SEÑOR
CAMBIANDO EL LLANTO DEL DESTIERRO
EN LA ALEGRIA DE LA PÁTRIA CELESTIAL.

*Oh Alma venturosa
Mientras entre los coros virginales
Sigues al Corazon Inmaculado
Mira y consueta el dolor de los tuyos.*

~~~~~

Una muerte tan bella es más digna de envidia que de llanto, porque no es muerte, sinó un tránsito á la vida que no muere. «*Visi sunt oculis insipientium mori, illi autem sunt in pace,*» es la vuelta del prisionero á la libertad, del desterrado á la pátria, del navegante por el mar tempestuoso de esta vida al puerto de la eterna paz; en donde el espíritu humano sumergido en un océano de luz por la vision beatífica de Dios, y arrebatado en un éxtasis perenne y embriagante de amor y de gozo se vé feliz, bienaventurado, deificado.

Oh ángel del Señor, que atravesaste este valle del llanto afeado por tantas suciedades sin contaminarte, tú que ahora vives en el reino del amor y en la pátria de la eterna alegría, acuérdate de los tuyos que dejaste entre las lágrimas, y de mí, que ofrecí este pequeño tributo á tu preciosa memoria.

F. R. S.

---

## REGLAMENTO

*de vida cristiana, escrito y publicado  
por la noble señorita María Franchi  
de Cavalieri.*

J. M. J.

*De mi nada puedo,  
Con Dios lo puedo todo;  
Por amor de Dios quiero hacerlo todo;  
A Dios sea el honor, á mi el desprecio.*

*Quiero con la ayuda de Dios y la proteccion de  
María Santísima hacerme Santa, gran Santa y  
pronto Santa.*

### A MARIA, MI CELESTIAL MADRE.

*Ofrezco este mi reglamento, que compuse en el  
pasado mes de Mayo, y que hoy 1.º de Junio en  
presencia de todo el Paraiso celestial prometo  
observar hasta el dia que entraré en Religion para  
ser esposa de Jesus.*

*Madre mia, pongo este mi pobre escrito bajo de  
vuestra especial proteccion y la de los Santos Pro-  
tectores míos.*

MARIA ASUNCION.  
H. de M.

## Para cada día.

Por la mañana, apénas despierta, ofreceré mi corazón á Dios; besaré el crucifijo y la medalla que llevo al cuello, diciendo las jaculatorias que suelo decir ántes de levantarme. Luego que la sirvienta encargada de llamarme habrá salido del cuarto, me levantaré de la cama, y arrodillándome pediré la bendición á mi Madre celestial. Después rezando tres *Ave Marias* con la jaculatoria *Oh Maria concebida etc.* y un *Padre nuestro, Ave Maria y Credo* con la jaculatoria *Dulce Corazón de mi Jesús etc.* me vestiré con la mayor cautela y modestia, cual conviene á una hija de Maria.

Antes de la Santa Misa procuraré no hablar sino por necesidad. Me ejercitaré en repetir, especialmente cuando habré de comulgar, algun acto de amor ó alguna piadosa aspiración á Jesús Sa-

cramentado, y así iré preparando para mi Huesped celestial un corazón ménos indigno de Él.

Llegada la hora de ir á la Santa Misa, iré pensando sobre la grandeza del Sacrificio á que voy á asistir, ó bien en mi Amado que dentro de poco habrá de entrar en mi pecho.

Habiendo entrado en la Iglesia, adoraré á Jesús en el Sacramento, saludaré á mi Madrecita, y después formaré la intención de oír la Santa Misa de la manera siguiente.—Dios mio, tengo intención de oír esta Santa Misa por las necesidades de la Santa Iglesia y de nuestro Padre Santo, por mi conversión y por la de todos los pobres pecadores; en honor de.... á fin de que me alcance de Vos, ó Señor, la gracia..... Es mi intención también de oírla en sufragio y alivio del alma de..... Luego comenzaré mis oraciones, que rezaré lo mejor que pueda, procurando no distraerme.

Aproximándose el tiempo de comul-

gar, suplicaré á mi buena Madre y á mis Santos Abogados que me conduzcan á Jesús, y que cuando lo haya recibido dentro de mi pecho, juntamente conmigo le hagan buena compañía.

Despues pediré perdon á mi Esposo de Amor con un acto de contricion, que procuraré hacer con el mayor fervor.

Cuando el Sacerdote con la partícula en la mano dirá aquellas palabras:— *Domine, non sum dignus etc.* yo, sumergida con el pensamiento en mi indignidad, las iré repitiendo más con el corazon que con los labios; y, figurándome que veo realmente á Jesús que me mira, esperaré el momento feliz de poderlo estrechar en mi seno.

Finalmente, cuando habré recibido del Sacerdote á mi sumo Bien, lo apretaré estrechísimamente contra mi corazon, lo cubriré de besos y caricias, y le prometeré amor eterno. Luego le abriré enteramente mi corazon, manifestándole todas sus debilidades; le contaré,

aunque Él lo sepa, todos mis afanes, todas mis penas, todas mis alegrías y todo lo que me aconteció en el dia anterior. Le hablaré como una hija habla á su padre, como una amiga á su amigo, como una discípula á su Maestro, como un amante á su amante, como una esposa á su esposo. Escucharé con suma atencion sus instrucciones, seré dócil á sus órdenes amorosas, y procuraré obedecerle en todo de la manera más perfecta.

Los dias en que no vendrá á mi corazon Jesús Sacramentado, le rogaré que venga á él al menos espiritualmente. Repetiré esta súplica tres veces al dia, y así comulgaré en espíritu.

Vuelta á casa me desayunaré, tomando aquello que ménos me gusta; y si no pudiese hacer este acto de mortificación, ofreceré á mi Esposo y á mi Madre mi buena voluntad.

En seguida haré la Santa Meditacion.

Esta durará no ménos de quince minutos, no más de media hora.

Despues, sin perder un momento de tiempo, me pondré á estudiar ó á trabajar, ó bien haré cualquier otra cosa que la caridad ó la obediencia me impongan.

Procuraré siempre cumplir la voluntad de los demás, y nó la mia. A imitacion de Jesús y Maria obedeceré á todos en todo, ejecutando con prontitud y buen ánimo las órdenes que recibiere á gloria y amor de estos mis tiernos Amantes. Además procuraré querer y sentir lo mismo que quiere y siente el que me dá el mandato, venciendo toda repugnancia, absteniéndome de toda murmuracion, renunciando á todo inutil examen sobre el mandato recibido.

Antes de hacer cualquier accion, me retiraré en algun rincon de casa donde no pueda ser vista, me arrodillaré delante de alguna imágen de Maria Santísima, y si no la hubiere, tomaré entre

mis manos su medalla que llevo al cuello, y haré la siguiente súplica:—Dios mio, Maria mi Madre amada, os ofrezco la obra que voy á comenzar. Con el auxilio de vuestra gracia quiero hacer esto lo mejor que pueda con el único fin de agradaros y de cumplir vuestra santísima voluntad. Mi amado Jesús, mi tierna Madre, tenedme unida á Vosotros y separada del mundo. Cuando me viereis tentada, escondedme, Jesus mio, en vuestro corazon; Maria cubridme con vuestro manto; mi Angel Custodio, Santos Abogados míos, defendedme. Sí, haced que muera y lo pierda todo ántes de que cometa un solo pecado venial deliberado y amancille mi inocencia. Y si vieseis que yo hubiese de cometer un pecado mortal ó perder mi virginidad, no sólo os pido la muerte, sinó que aún estoy dispuesta á sufrir por un millon de años todas las penas del infierno. Dadme un horror tan grande á toda suerte de pecado, que el

solo pensamiento de culpa me haga desmayar, y aún morir. Hacedme pura como un Angel, y conservadme pura é inocente hasta la muerte. Hacedme santa, gran santa, luego santa. O hacerme santa, ó morir; ó ser esposa de Jesús, ó morir.

Despues, rezada un *Ave Maria* á mi tierna Madre, un *Gloria* á Jesús mi Esposo, otro al Espíritu Santo, otro á los Santos mis Abogados y otro á los Santos protectores de los estudios, terminaré mi oracion besando tres veces la tierra, ó haciendo en ella tres cruces con la lengua, y pediré la santa bendición á mi Madre celestial, diciendo: *Nos cum prole pia, benedicat Virgo Maria.*

Despues de cada obra me examinaré: si me ha salido bien, daré gracias á Dios y á Él solo daré la gloria; si mal, me humillaré en su presencia; y si hubiese mezclado defectos, le pediré de corazon perdon de ellos. Buscaré todas

las ocasiones posibles para mortificarme y vencer mi sensualidad, y siempre, siempre contrariaré mi propia voluntad absteniéndome cuanto me sea posible de las palabras no necesarias, no satisfaciendo mi curiosidad aún en las cosas de poco momento, no mirando aquellos objetos cuya vista no me traeria ni bien ni mal, comiendo algun bocado de más de lo que me gusta ménos, y algun bocado de ménos de lo que más me gusta. Cada día haré estos y otros actos semejantes de mortificacion, dos de los cuales siempre serán en honor de mi dulce y querida Madre Maria. Mi propósito, pues, de la mañana debe ser el de poder reunir durante el día algunas flores de obsequios virtuosos para presentarlos al fin de él á Jesús y á Maria.

Además evitaré el hablar de mí misma, del mundo, de sus vanidades. Procuraré impedir las conversaciones contrarias á la caridad, introduciendo con



destreza otra conversacion bien diferente; y si no pudiere hacer esto, buscaré á lo ménos modos de cubrir y excusar el hecho.

Tambien evitaré como la peste toda conversacion contraria á la santa pureza, cerrando mis oidos á todo lo que pudiese de alguna manera ofender mi inocencia. Además procuraré con sumo cuidado estar alejada de todas aquellas cosas que pueden manchar el candor de la pureza del entendimiento, del corazon y del cuerpo; más, vigilaré incesantemente sobre mis sentidos á fin de que jamás me acontezca cometer cosa alguna que sea menos conveniente á una pureza angelical.

Aborreceré todo deseo de agradar á las criaturas para ser agradable únicamente á los ojos purísimos de mi Criador y Esposo Jesús.

Huiré toda aficion desordenada para tener mi corazon siempre dispuesto á amar á Dios solo y segun su voluntad

santísima, á todas las criaturas en Él, y á Él en todas.

Tendré horror no sólo á las lecturas malas, sí que tambien á las inútiles y vanas.

Hago firme resolucion de no leer jamás de aquí en adelante ninguna novela, porque sé por experiencia propia que de tales lecturas no se aprende otra cosa sinó malicia y cosas tontas y vanas, que debilitan el corazon, deterioran el entendimiento y enferman el alma.

Por el contrario, leeré aquellos libros que me enseñan la verdadera ciencia, la ciencia de los Santos.

Seré humilde de corazon, considerada cuanto pueda en el hablar, prudente en deliberar, y á imitacion de mi Madre celestial, pondré toda mi esperanza nó en las fortunas de la tierra, que muchas veces faltan, sinó en el recurso á Dios que no puede faltar jamás. Me dedicaré al trabajo, y jamás estaré ni

por un momento ociosa, empleando los ratos libres, en rogar, ó en escribir cosas espirituales, ó bien en leer algun libro devoto.

Seré pronta en agradar á Dios y nó á los hombres; amaré á todos, y á nadie aborreceré; respetaré á mis padres y superiores; estimaré á mis hermanos y hermana, á las amigas y compañeras, y en consecuencia huiré toda envidia, emulacion y contienda, procurando rendirme à los demás siempre que pueda. Seré caritativa y amable con los criados, sin quejarme nunca de sus defectos y soportando con paciencia aún sus improperios. Los pobrecitos tambien serán mis delicias: así, pues, les haré limosna lo más que podré, privándome á este fin de todas aquellas cosas inútiles que yo quisiera comprar con mi dinero.

Durante el dia, al oír el toque de las horas y de las campanas, pensaré que Dios *me vé, me oye y me ha de juzgar*;

ó bien me imaginaré que oigo los golpes del martillo que clavaron los piés y las manos de mi Jesus. Muy á menudo haré jaculatorias y actos de amor á mi *Amado* y á mi *enamorada* Maria: lo mismo haré con fervor en las tentaciones, y me diré á mí misma—¿qué cosa puedo temer si Jesus y Maria están conmigo? Pero si alguna vez cayere en algun pecado, lo que Dios no permita, iré luego á echarme á los piés de mi Señor, y con un acto de contricion le pediré perdon de él, prometiéndole andar en lo sucesivo con más atencion y cuidado.

En las contradicciones y tribulaciones diré de corazon: *Hágase la voluntad de Dios*. No huiré nunca de la cruz, ántes bien procuraré abrazarla con paz y alegría, repitiendo aquellas palabras que me enseñó Jesus en una comunión: «Ven, cruz preciosa, por que en tí quiero padecer y aún morir por amor de mi Jesus» y sin quejarme de nada,

lo sufriré todo con paciencia. En las reprehensiones de mis Superiores nunca abriré la boca para justificarme. Si un igual ò inferior me injuriase, aunque fuese sin razon, callaré contenta para ofrecer á Jesus y á Maria una flor de mansedumbre.

Al toque de mediodia rezaré el *Angelus Domini*; y hecho mi exámen particular sobre el defecto, de que deseo enmendarme, ó sobre la virtud, de que tengo necesidad, comulgaré espiritualmente.

A la hora de rezar el Santo Rosario en familia, lo rezaré con la mayor devocion que me sea posible, en accion de gracias á mi celestial Madre por tantos beneficios como me ha hecho.

Luego irémos á la mesa, en la que nunca daré á entender que me desagrada cosa alguna, comeré aquello que ménos me agrada; y si alguna cosa me gustase mucho, la dejaré del todo, ó tomaré un poco ménos, pero sin que

ninguno lo advierta. ¡Oh! no debe pasar dia en que yo no mortifique mi apetito por amor de Jesus y Maria.

Por lo demás, tanto en la mesa, como en los recreos, paseos y reuniones sociales seré placentera, alegre y contenta; y me portaré de manera que me haga santa en el seno de la familia, en medio del mundo. Los pobres mundanos viéndome de un natural comun á las jóvenes de mi edad, jamás podrán imaginarse que yo desee la perfeccion cristiana. De esta manera, sin darlo á entender, yo entre tanto podré mortificarme á mi gusto y haré mucho para hacerme luego santa.

Luego que podré levantarme de la mesa y quedar libre, volveré á encerrarme en cualquiera estancia, y arrodillada haré allí la súplica como en la página 75. En los dias de Comunion, además de las oraciones de costumbre, haré alguna aspiracion piadosa á mi Bien Sacramentado.

Despues volveré á mis ocupaciones, pero sin olvidarme jamás de Jesus y Maria.

Antes de salir á paseo haré una breve y fervorosa oracion, para obtener la gracia de no ofender en nada á mi amado Jesus. Despues pediré á Maria, como quien se dirige á una tierna Madre, su santa bendicion.

No me vestiré jamás á mi gusto, ni me pondré prenda alguna de vanidad, á no ser que me lo mandase espresamente mamá.

Al vestirme por obediencia algun adorno elegante, iré diciendo entre mi misma:—¡Amado Jesus, Esposo mio amadísimo, yo con un vestido tan hermoso, y tú con un vestido de loco!... ¡Yo llevo en la cabeza un sombrero de moda, y tú en la tuya tienes fijada una corona de espinas!... ¡Mis brazos están adornados con brazaletes, tú tienes atados los tuyos con cuerdas!... ¡Yo llevo en la mano un abanico para defenderme

del calor, ó un manguito para no sentir el frio, y tú Bien mio, empuñas con tus santas manos una tosca caña!... ¡Yo vestida así para agradar á los ojos del mundo, y tú vestido de esa manera para ser insultado y befado de este mismo mundo!... Confio que estas palabras dichas nó con los lábios solamente, sinó meditadas seriamente, impedirán que mi corazon se aficione á las modas y vanidades.

Andaré por las calles derecha y desembarazada, pero sin volver los ojos á una y otra parte. Procuraré no fijar la vista en las tiendas, donde haya tonterias y objetos vanos, y aún otras cosas peores. Iré asida estrechamente al brazo de mi Santo Angel Custodio, á fin de que todas mis acciones sean dignas de Jesus.

Nunca dejaré de hacer por negligencia la visita al Santísimo Sacramento del altar y á Maria Santísima. Cuando no pudiere ir á la Iglesia, visitaré á Je-

sus Sacramentado desde léjos, volviéndome hácia algun templo donde está reservado. En la Iglesia siempre guardaré una postura devota y modesta, pensando que mi Señor está escondido en aquel Sagrario por mi amor y para escuchar mis súplicas, y me imaginaré que estoy en la compañía de aquellos ángeles que hacen la corte á mi buen Rey.

Si alguna vez por la noche hubiese de asistir por necesidad á alguna diversion loca ó vana, como al teatro, tertulia, etc. me retiraré ántes ó en la Capilla ó en alguna habitacion apartada á rogar, segun acostumbro, y despues con la bendicion de Jesus y de Maria iré á asistir á aquellos vanos pasatiempos, revolviendo en mi corazon estos sentimientos:—Mientras yo aquí rio y me divierto, ¡cuántos lloran en el infierno!.. ¡cuántos padecen en los hospitales!.. ¡en los tugurios, sin tener un pedazo de pan con que apagar su ham-

bre!.. ¿Qué dirían mi esposo Jesus y mi Madre Santísima si yo pusiese mi corazon á estas necesidades?... Yo me divierto, y entre tanto la muerte se me va acercando... ¿que seria de mi si me cogiese en este lugar?... Yo aquí pierdo el tiempo, y ¡quién sabe lo que habré de padecer por esto en el Purgatorio!..

Con estos sentimientos en el corazon, de seguro que mi espíritu no se aficionará á los placeres vanos, ántes bien crecerá siempre más en mi el desprecio del mundo y de sus necias y locas pompas.

Mas, en las veladas en que yo estare libre, especialmente si en la mañana siguiente he de comulgar, leeré algun libro devoto para así aparejar mejor mi corazon á Jesus, y para enamorarme de la vida devota con el ejemplo de los Santos, dejando empero la vida de los grandes Santos, de aquellos Santos que hicieron cosas extraordinarias, porque conozco que no los podria imitar. Al

abrir el libro, me diré á mi misma, como decia la Beata M. Margarita Alacoque: «Busquemos la vida de una Santa que sea facil de imitar, á fin de que pueda tambien yo hacer lo que ella hizo.»

Por la noche ántes de acostarme me arrodillaré ante la imágen de Jesus y de Maria, y en primer lugar examinaré mi conciencia. Si las cosas me han ido bien, daré las gracias á Jesus; y si hubiese cometido faltas, le pediré perdon de ellas, renovando mis propósitos. Despues rezaré con la mayor devocion que me será posible mis oraciones, sin apoyarme para que no me sorprende el sueño. Estas no deberán durar ni más ni ménos de media hora, segun el consejo de mi confesor, á no ser que estuviere enferma ó muy cansada.

Finalmente, ofreceré á mi Esposo y á mi Madre todos los actos de virtud, que habré hecho por su amor durante el dia, juntamente con las victorias alcanzadas sobre mí misma ó sobre mis pasion-

cillas. Al desnudarme rezaré algunos *De profundis* á las benditas Almas del purgatorio, y despues pensaré un poco en la pasion de Nuestro Señor, en especial cuando le fueron arrancadas las vestiduras.

Luego tomaré agua bendita, y con ella haré tres cruces sobre de mi almohada, para que de cualquier parte que me vuelva durante la noche descanse mi cabeza sobre la cruz de Jesus. Me imaginaré ver al lado de mi cama á mi querida Madre celestial, y le rogaré que vele sobre mí todo el tiempo que yo descanso. Mas, le rogaré de todo corazon que me dispierte en aquella hora en que su Jesus y mio se encuentra más abandonado de los hombres, á fin de que pueda levantarme para rogar y hacer compañía por algun tiempo á mi Amado. No daré fin á la oracion hasta que mi buena Madre me haya bendecido y consolado con una de sus dulces caricias. Entónces, sí, toda alegre

y contenta me acostaré; pero ántes de dormirme, teniendo los brazos cruzados sobre el pecho, y estrechando con estos el Crucifijo y la medalla que llevo al cuello, diré: *He de morir; no sé en dónde, no sé cuándo, no sé cómo. Jesus, José y Maria, etc. Dentro del corazon de Jesus que me redimió me entrego al descanso y dormiré en paz;* y fijando mi mente en algun buen pensamiento procuraré dormirme pronto.

La primera vez que me despertaré durante la noche, bajaré de la cama poco á poco, y arrodillándome delante de aquella silla, en donde me figuraré que está mi Madre celestial, rezaré *El Angelus Domini, el acto de contrición,* y despues haré la Comunion espiritual para recomendar á Jesus las necesidades de mi alma, á mis parientes, á mis superiores, á mis maestras, á mis compañeras: luego diré la oracion, *Señora mia y Madre mia...* etc. un *Angel Santo,* un *De profundis* y un *Ave Maria*

para la conversion de los pobres pecadores. Concluiré pidiendo de nuevo á Maria, como á una Madre, la santa bendicion; besaré el Crucifijo, diciendo: *Jesus en mi mente, Jesus en mi boca, Jesus en mi pobre corazon, Jesus en mi, y yo en Jesús;* y en seguida, sin hacer ruido, volveré á la cama rezando con el corazon esta súplica:

Ave Maria. En el plácido  
Cabezal de mi reposo  
Vigile tu ojo piadoso  
Maternalmente; y si Vos  
Veis que debo yo soñar,  
Mostradme en el sueño, oh Madre,  
El Paraiso y á Dios.

Procuraré dormirme pronto, sin permitir á mi imaginacion que se entretenga en formar castillos al aire. No me dormiré nunca, sino en el Corazon dulcísimo de Jesús y en los brazos purísimos de Maria. ¡Ay de mi! si alguna vez

me entregase al descanso sin este refugio de las almas, que quieren ser todas de Jesús por medio de María, todas de María para ser de Jesús.

### Cada semana.

DOMINGO.—El Domingo, día de santificarse, atenderé más á los asuntos de mi alma. Nunca dejaré por negligencia la Santa Comunion en este día y honraré el Sacramento del amor con especial devoción, manteniéndome unida cuanto me será posible á mi amado Jesús con frecuentísimos actos de amor y de deseo de recibirlo dentro de mi corazón; además renovaré á menudo la santa Comunion espiritual. Propongo hacer en este día cuatro flores espirituales. Las dos primeras por amor de Jesús; las otras dos por amor de María á fin de obtener la gracia de ir consumiéndome hasta la muerte por estos mis tiernos amantes. Por la noche ofre-

ceré un *De profundis* en sufragio de aquella alma que fué más devota de Jesús Sacramentado.

LUNES.—En este día honraré al Corazón dulcísimo de María. Las cuatro flores espirituales serán por amor de esta mi querida Madre, á fin de que me preserve de toda culpa y me mantenga pura é inocente hasta la muerte. En la noche de este día rogaré por el alma que en vida fué más devota del Corazón de María.

MARTES.—Honraré en este día á mi Ángel custodio, á fin de que me defienda de las tentaciones y peligros, y me ayude á superar los obstáculos que probablemente encontraré ántes de ser esposa de Jesús.

Mis flores espirituales serán: dos por amor de María, y dos para honrar á mi estimado Ángel. Por la noche rogaré por el alma que fué más devota de su Ángel custodio.



MIÉRCOLES.—El Santo que honraré en este dia será S. José Esposo purísimo de la Virgen Maria, y le pediré la gracia de una santa y feliz muerte semejante á la suya. En todo este dia no comeré frutas para honrar á este mi Santo Patron. A esta mortificacion añadiré otras tres flores espirituales, dos de las cuales ofreceré á Maria Santísima, mi bella y estimada Madre. Además, en este dia comenzaré un triduo á Maria Santísima y á mis santos Protectores, á fin de alcanzar la gracia de hacer una buena confesion. Haré dicho triduo teniendo las manos debajo de las rodillas, ó bien con los brazos extendidos en forma de cruz, rogando tiernamente á mi querida Madre Maria y á mis santos abogados, que me alcancen de Jesús el perdon de mis pecados, un verdadero dolor de haberlos cometido, y un firme propósito de no cometerlos jamás en adelante.

En esta noche rogaré por el alma que en vida fué más devota de S. José.

JUEVES.—Honraré en este dia á mis Santos Protectores para obtener la gracia de imitarlos y hacerme santa como ellos.

Las cuatro flores espirituales serán: dos por mi querida Madre celestial, y dos para honrar á estos mis amados Santos. En esta noche rogaré por el alma que fué más devota de ellos.

VIERNES.—En este dia honraré la pasion de Jesús estando más recogida y pensando muy á menudo cuanto sufrió El por mi amor. En compensacion de este amor practicaré en este dia las mortificaciones siguientes: 1.<sup>a</sup> No cantaré sino obligada por la necesidad. 2.<sup>a</sup> No comeré frutas ni dulces en cuanto me sea posible. 3.<sup>a</sup> No beberé en todo el dia, ni aun en las comidas (1) á fin de hon-

---

(1) Es una mortificacion más bien para admirar que para imitar.

rar la sed que mi Jesús sufrió por mí en la cruz.

A estas mortificaciones añadiré una flor espiritual á Maria mi dulce Madre.

Esta noche, vigilia de mi Confesion, haré el examen de toda la semana entera por ganar tiempo para el dia siguiente en que iré á confesarme. El alma por la que propongo rogar esta noche, será la que en vida fué más devota de la pasion de mi Jesús.

SÁBADO.—En este dia honraré con especial afecto los dolores de mi dulcísima Madre celestial, para alcanzar de ella un vivo amor á Jesús, un dolor sincero de mis pecados y la gracia de una santa confesion.

En este dia no comeré ni frutas ni dulces, y si me viere obligada á gustarlos, los tomaré en poquísima cantidad. Me abstendré tambien de beber como en el viérnes. Las otras dos mortifica-

ciones serán asimismo por amor de Maria, mi tierna Madre.

Este será el dia en que por lo regular me confesaré, no dejando pasar más de ocho dias desde una confesion á otra.

No me confesaré por costumbre, nó, sinó para purificar mi alma, procurando con sumo empeño que de una confesion á otra siempre haya alguna enmienda.

Cuando vaya á confesarme no hablaré por el camino en cuanto me sea posible, á fin de no distraerme; sinó que iré recordando mis pecados.

Llegada á la Iglesia, despues de una breve visita á esus Sa cramentado y á Maria mi Madre querida, comenzaré luego mi preparacion, la cual será una súplica al Espíritu Santo para que ilumine á mi Padre espiritual y á mí; y otra á mi Madre Santísima y á mis Santos Abogados, á fin de que me ayuden á recibir dignamente este santo Sacramento. Antes de hacer el exámen de

conciencia, avivaré la fé en el augusto Sacramento de la Penitencia, gracias al cual limpiaré mi alma de toda mancha; y en la persona, á cuya presencia comparezco, que es Jesucristo representado por el Sacerdote. Así es, que las palabras que éste me dirá, las tendré como dichas por Jesucristo. Rezado el *Confiteor* hasta las palabras *mea culpa, mea máxima culpa*, haré un breve exámen, que terminaré con un acto de vivo dolor y firme propósito de nunca más pecar en adelante. Para excitarme al dolor, me figuraré que me hallo en el Calvario en donde Jesus está espirando; y fija la vista en la cruz, de la que pende el Señor moribundo todo llagado, le preguntaré: Dulce Jesus, ¿quién te ha puesto en este horrible estado?... y luego me responderé á mí misma: ¡ah! han sido mis pecados...

Al confesarme, comenzaré por las cosas que más agravan mi alma; despues lo iré diciendo todo al confesor,

pero todo enteramente, como lo diria á Jesucristo. Escucharé con atencion los avisos y consejos del mismo, y me dejaré guiar de él con toda docilidad. Al recibir la absolucion, me abrazaré estrechamente en espíritu á los piés de Jesus crucificado, y con un acto de contricion le pediré de nuevo que me perdone.

Despues me retiraré con modestia á mi lugar para hacer la penitencia y dar gracias á mi Dios por el perdon obtenido.

Hecho esto, no pensaré sinó en prepararme para la santa Comunion.

El sábado por la noche, como ya estaré confesada, no haré el exámen de los pecados cometidos durante el dia; pero, sí, lo haré, sobre este mi REGLAMENTO, para enmendar mis faltas y observarlo exactamente. En esta noche, como de costumbre, rogaré por el alma que en vida fué más devota de los dolores de la Virgen Maria.

Comulgaré cinco ó seis dias la semana, segun el permiso que me hubiere dado el Confesor.

Durante estos dias iré recordando la gran gracia recibida en la mañana, evitaré la disipacion, y tendré muy presente que el demonio, cuando nos ha visto acercarnos á la sagrada Mesa, nos rodea de cerca más que nunca para hacernos perder el fruto que hemos sacado de la Santa Comunion.

### Cada mes.

Procuraré no faltar nunca por negligencia á la Congregacion de las Hijas de Maria, en la cual haré juntamente con mis consocias el retiro de la buena muerte á fin de repasar los intereses de mi alma y prepararme á morir santamente, confesando y comulgando como por viático. Miraré de dar buen ejemplo á mis compañeras tanto aquí como en otra parte, guardando especialmente

en la Capilla el continente que conviene á una hija de Maria. No me permitiré hablar durante el santo retiro, y estaré recogida cuanto me será posible.

En este dia renovaré además con permiso de mi Confesor el voto de virginidad, suplicando de todo corazon á mi Madre celestial se digne guardarme hasta la muerte este mi precioso tesoro.

Mis oraciones de este dia serán especialmente para mis Maestras, que me procuraron el honor de ser hija de Maria, y para mis apreciadas hermanitas de Congregacion vivas y difuntas.

### Cada año.

Haré todas las Novenas de mi querida Madre celestial y celebraré el mes de Maria con fervor singularísimo, y lo mismo las fiestas de la Asuncion y de la Inmaculada. Para agradar más á mi estimada Madre, en todas las dichas novenas, así como tambien en el mes

de Mayo, tejeré una corona de actos virtuosos acompañados de alguna penitencia corporal más ó menos áspera, segun el permiso de mi Confesor.

Despues escribiré estos actos de mortificacion en una hoja de papel, y acompañados de una cartita los presentaré en obsequio á mi Madre celestial el dia de su fiesta.

Con igual fervor me prepararé para el Nacimiento del Niño Jesus, para la santa Páscoa de Resurreccion, para la venida del Espíritu Santo y para la fiesta del Amor, el dia del *Corpus Christi*.

Además haré las novenas de San José, de San Luis, de San Estanislao, de los Angeles Custodios, de Santa Inés, de Santa Teresa, acompañadas de actos de mortificacion, principalmente en sus vigili-  

---

## MÉTODO PARA LAS MEDITACIONES DURANTE EL AÑO.

~~~~~

Desde el ocho de Diciembre hasta al seis de Enero meditaré el nacimiento é infancia de Jesucristo. Del 7 de Enero al primer dia de Cuaresma meditaré los cuatro novisimos: Muerte, Juicio, Infierno y Gloria. Del primer dia de Cuaresma hasta al Viérnes Santo, la Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Del Sábado Santo hasta la Dominica *in Albis*, la Resurreccion del mismo N. S. J. C. De la Dominica *in Albis* hasta el primero de Mayo meditaré diversas verdades, que sacaré por suerte de los Ejercicios de San Ignacio. Del primero de Mayo al primero de Junio, las grandezas de Maria Santísima, exceptuando los dias de la Ascension y Pentecostés, en los cuales meditaré los misterios de dichas fiestas. Del primero de Junio al primero de Julio,

el Corazon Santísimo de Jesus y la institucion del Santísimo Sacramento de la Eucaristía: y del primero de Julio al primero de Agosto, la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo. Del primero de Agosto al primero de Septiembre, las virtudes de Maria Santísima. Del primero de Septiembre al primero de Octubre, los dolores de Maria Santísima. Del primero de Octubre al primero de Noviembre, el amor de Jesus. Del primero de Noviembre al primero de Diciembre, el Purgatorio.

N. B. En todas las novenas de la Bienaventurada Virgen las meditaciones deben tener por objeto á Maria Santísima.

Nunca dejaré la santa meditacion, por ser ella (como dice Santa Teresa) el medio principal para corregirse de las propias imperfecciones y merecer del Cielo las gracias exquisitas. Para ani-

marme á este santo ejercicio, recordaré la hermosa similitud con que la Santa nos dá á comprender la excelencia de la meditacion y los diferentes modos de hacerla, ó sea sus diversos grados.

Ella compara el alma á un jardin, y distingue cuatro maneras de regarlo, á fin de que produzca los frutos y flores deseados, y el Señor pueda complacerse y deleitarse con ellos. La primera manera es: sacar agua de un pozo á fuerza de brazos. La segunda es: sacarla con la máquina, y distribuirla en acueductos y canales. La tercera es: hacerla venir de alguna fuente ó arroyo. Finalmente, es la cuarta una lluvia copiosa enviada del cielo por el Señor sin fatiga alguna del jardinero. Haciendo ahora la aplicacion, dice: El jardin que se ha de regar es el alma, el agua es la gracia de Dios; los cuatro modos de regar son otros tantos grados de la oracion mental. El primero es fatigoso, y pide fuerza y valor. El segundo modo es cuando Dios

comienza á obrar por via sobrenatural, aligerando la fatiga del entendimiento y de la voluntad, y haciendo gozar al alma un sentimiento profundo de satisfaccion y de paz. El tercer modo es cuando el buen Dios con poca fatiga del alma le envia una avenida tan grande de suavidad y dulzura, que la atrae y une á sí admirablemente, y la hace reposar en su seno. Por fin, el cuarto modo es cuando el Señor la favorece de tanta luz y suavidad, que el alma sin ninguna fatiga queda sumergida en los gozos del Paraiso.

Ahora bien, yo me contentaré, mientras Dios no venga en mi ayuda, con ejercitarme en el primer grado de la meditacion, por cuyo medio Santa Teresa llegó finalmente á una íntima union con Dios.

Me esforzarè, por lo tanto, con varonil denuedo, segun la expresion de dicha Santa, á *llevar el agua á mi jardin á fuerza de brazos.*

Empero, ¿qué frutos reportaré yo de este constante y santo ejercicio? Frutos preciosísimos y abundantes, porque el Señor luego despues regará mi alma con gran abundancia de gracias.

Santa Teresa convencida por experiencia propia de las grandes ventajas de la santa meditacion hacia de ella los más altos encomios, y la recomendaba á todos. Refiero aquí algunos pensamientos suyos, para hacer de ellos un tesoro en bien de mi alma.—«Dios, así ella escribe, disponiendo á un alma para la vida de oracion, la enriquece de un tesoro inestimable. Aunque ésta no corresponda como deberia á esta gracia, todavia, si persevera (en el ejercicio de la meditacion,) por más pecados, tentaciones y caidas de mil maneras con que el demonio procure arrastrarla á sí, tengo por cierto que el Señor la conducirá por fin al puerto de la salud. Enseñada como soy por mi propia experiencia, así prosigue, me

atreveré á decir esto: Por faltas y culpas que cometa quien comenzó á hacer la meditacion, no la deje. Con ella se podrá enmendar; sin ella le será la enmienda mucho más difícil. Guárdese tambien del demonio, si alguna vez como hizo conmigo le tentase á dejar tan provechoso ejercicio, bajo la sombra de humildad. Créame, un arrepentimiento sincero y una firme resolucion desarmen la ira divina; y el amoroso Señor nos restituye su amistad y nos hace la misma gracia que ántes; y si nuestro arrepentimiento lo merece, á veces nos hace aún gracias mayores.» Y poco despues añade: «No me sé dar razon que cosa puede detener á aquellos que no se atreven á darse á la oracion mental. No sé en verdad de que cosa puedan éstos tener miedo. Pero ya sabe el demonio lo que hace: él nos causa un verdadero y grande mal, cuando por medio de tales vanos temores nos impide pensar en Dios, en

nuestros deberes, en nuestros pecados, en el infierno, en el cielo, en los dolores y trabajos que Jesus padeció por nuestro amor.»

Despues para animar á todos á vencer las dificultades y repugnancias que puedan encontrarse tal vez en este ejercicio, aduce su ejemplo y dice:—«Más ¡ay de mi! muchísimas veces y por años enteros me entretenía menos en útiles y santas reflexiones que en el deseo de oír el reloj anunciarme el fin de la hora consagrada à la oracion mental. Y muchas veces, lo confieso, no sé que penitencia habria preferido al tormento que me daba el retirarme á hacer la meditacion. Es un hecho que, para ir al Oratorio, debia combatir á más no poder ó al demonio ó á mi mala costumbre; y al entrar en él, me sentia como presa de mortal tristeza. Empero procuraba hacerme violencia, y Dios, finalmente, venia en mi ayuda.

»Cuando yo habia triunfado así de mí misma, gozaba de más paz y delicia que en ciertos días, en que me sentia movida á orar.»

Ahora bien, ¿qué hay de extraño que yo, cien veces más pecadora que Santa Teresa, encuentre en la meditacion las mismas repugnancias?... Y si el Señor ayudó á esta Santa, porque deseando estar en su compañía se esforzaba en hallar tiempo y soledad para estar en su presencia, ¿no me ayudará tambien á mí, si, como Santa Teresa, me esfuerzo en estar unida á mi Jesus?....

Séanme de consolacion las palabras con que dicha Santa concluye su razonamiento acerca de esta materia.

«Si la oracion mental, dice, es un bien tan grande; si más bien es una verdadera necesidad para aquellos, que en vez de servir al Señor, le ofenden; y si no causa en sí misma ningun peligro, ántes por el contrario los hay tantos en no hacerla, ¡oh! ¿por qué han de dejar

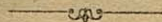
este santo ejercicio los que sirven al Señor y quieren serle fieles? A la verdad yo no lo entiendo; á no ser que se diga que es para saborear hasta las heces la amargura de las penas de la vida y para cerrar la puerta á Dios, á fin de que en esta miserable peregrinacion nos les dé á gustar jamás una gota de contento. ¡Esos en verdad sirven á Dios enteramente á su costa!.... Por un poco de trabajo El dá á las almas tales dulzuras internas, que hacen ligeras todas las penas de este destierro.»

Así se expresa ella: y no es Santa Teresa la única Santa que recomienda el uso de la meditacion. El Doctor San Francisco de Sales, célebre maestro de espíritu, la inculca de tal manera, que llega á aconsejarnos á dejar ántes la oracion vocal que la meditacion, si no tuviésemos tiempo para la una y para la otra. Hé aqui sus palabras: «Entre las Oraciones dad siempre el primer lugar á la meditacion, de modo que, si

despues de haberla hecho, ó por muchas ocupaciones ó por otro motivo no podeis hacer la oracion vocal, no os deis pena por esto.» Y San Alfonso Maria de Ligorio escribe, que «el ejercicio de la oracion mental es ejercicio de tan grande importancia, que sin él es dificilísimo que el alma persevere en la amistad de Dios, é imposible que halle el camino de la perfeccion.» El mismo Santo Doctor en otra parte llama dia perdido aquel en que no se hace la santa meditacion.

En conclusion de este capítulo pongo la célebre máxima de mi estimada Protectora Santa Teresa.—«Prometedme, asi ella decia, hacer cada dia un cuarto de hora de oracion mental, y yo os prometo el cielo.»

TRÍDUO EN PREPARACION Á LA SANTA CONFESION.



- Y. *Deus, in adjutorium meum intende.*
A. *Domine, ad adjuvandum me festina.*

Gloria Patri etc.

Á Maria Santísima.



Ave Maria, etc.

María, Madre mía dulcísima, yo indigna hija vuestra, postrada á vuestros santísimos piés, os ruego me ayudeis á preparar bien mi alma para la santa Confesion, como si ésta que haré debiese ser la última de mi vida.

Haced que yo me eche á los piés del confesor, como la Magdalena se echó á los piés de Jesus, y se lo diga todo, todo como lo diria á Jesus. Iluminad, mi tierna Madre, la mente de mi Padre espiritual, á fin de que pueda conocer

todas las llagas de mi alma, y con el auxilio divino me las pueda curar todas, todas.

Iluminadlo, para que me aconseje segun el corazon de Dios, y me guie por el camino de la virtud. Iluminad tambien, Madre querida, mi mente, y dadme á conocer todas mis faltas asi graves como leves, á fin de que pueda acusarme sinceramente de todo (aún de los defectos más ligeros:) y así mi alma despues de la confesion queda más blanca que la nieve, más hermosa que el sol, y pueda prestar una mansion deliciosa al divino sol Jesus.

Concededme además, oh Madre amada, un dolor sincero de mis pecados, correspondiente à mis grandes iniquidades. Haced que este dolor sea tan vehemente, que me despedaze y deshaga el corazon.

Alcanzadme despues de nuestro Jesus el perdon de todo, de todo. Decidle tambien que esta vez estoy decidida á

no disgustarlo ya más, ni aún con culpas é imperfecciones levísimas. Pero Vos ayudadme á poner por obra este sincero propósito.

En fin, Madre mia querida, os ruego que me preparéis el corazon para recibir digna y fervorosamente la santa Comunion. Haced que yo pueda comulgar contenta y tranquila todos los dias que tendrá á bien concederme el Confesor. Bendecidme ahora, y hacedme santa, gran santa y pronto santa.

Gloria Patri etc. (1)

Exámen de conciencia para todas las noches de la semana.

Si al despertarme he ofrecido el corazon á Dios, y al vestirme he rezado las

(1) Siguen otras oraciones á Jesus, al Espíritu Santo, á San José y á sus santos abogados, que encuentro solamente apuntadas en su manuscrito.

oraciones acostumbradas... ¿con qué devocion?... ¿con cuántas distracciones?... Si tanto en el vestirme, como en el desnudarme he tenido siempre sumo cuidado de la modestia, y si en todas las demás cosas he puesto toda diligencia en guardar la santa Pureza. ¿Cómo he guardado la mente de los malos pensamientos?... ¿el corazon de los afectos desordenados?... ¿He mantenido mis promesas á Dios?... ¿He obedecido siempre á mis superiores?... ¿Con qué perfeccion he practicado esta virtud?... ¿He faltado á la verdad en el hablar?... ¿Me he excusado alguna vez?... ¿He hablado de mí con vanidad?... ¿He deseado ser vista?... ¿He huido el mundo, sus vanidades; ó bien me ha gustado el seguir las modas?... ¿Me he mirado al espejo?..

¿He amado el trabajo, ó tal vez he perdido un poco de tiempo? ¿Cómo me he portado en las conversaciones?... ¿He dicho alguna cosa que pudiese ofender

la pureza, la caridad y las otras virtudes?...

¿He huido, como quiere Jesus, las conversaciones que no debo escuchar?... ¿Hesido soberbia?... ¿me he inquietado?... ¿por qué?... ¿He rezado con devocion todas mis oraciones? ¿He hecho bien la meditacion?... ¿He oido con fervor y devocion la Santa Misa, procurando sacar gran provecho de estos ejercicios espirituales para mí y dar buen ejemplo á los demás? ¿Me he dejado vencer del respeto humano, en vez de obrar y hablar con santa franqueza, como es conveniente á una verdadera cristiana, hija de Maria, Esposa de Jesus?...

EXÁMEN DE CONCIENCIA EN EL SÁBADO.

¿Cómo he observado las reglas que me propuse? ¿Cómo he cumplido las promesas que hice á Jesús y á Maria?...

¿Cómo, y con qué fervor y fruto he frecuentado la santa Comunión?... ¿Cómo y con qué fruto me he confesado?... ¿De cuántos defectos me he enmendado en esta semana, ó bien cuántos he cometido de más?... ¿Cómo me he mortificado en esta semana?... O á lo menos ¿he hecho exactamente las flores espirituales que me habia prescrito?... ¿Cómo he ejercitado las virtudes propias de una Hija de Maria, á saber, la pureza de conciencia, el amor á las cosas espirituales, la obediencia, la caridad, el odio del mundo, y el amor á las cosas celestiales?... ¿Cómo he procurado con el ejemplo y buenas conversaciones excitar á mi familia y á mis amigas á la virtud, y sobre todo á la devoción á Maria Santísima, mi inmaculada Madre?... ¿Cómo se encuentra mi corazón?... ¿está más, ó menos despegado de las criaturas, del mundo, de sus vanidades?... Y mis afectos ¿son todos consagrados á Dios?...

SENTENCIAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

que deben tenerse bien impresas en la memoria.

I.

Si no hubiese para nosotros otra vida que la presente, ni otra gloria que la del mundo, podria ser excusable el no pensar más que en comparecer y sobresalir entre los hombres; pero si hay una eternidad, como ciertamente la hay ¿por qué cifrar nuestros deseos en esta tierra? ¿por qué preferir lo que desaparece como un sueño á lo que no ha de tener jamás fin?...

II.

Pocos son los que entienden bien lo que Dios haria de ellos, si le dejaran hacer. Un tronco de árbol tosco é in-

forme viene á ser una bella estátua en manos del escultor. Muchos que apenas viven como cristianos, serian santos, si no hiciesen ninguna resistencia á los designios de Dios y á las operaciones de su gracia.

III.

El cuidado de un alma verdaderamente devota ha de ser buscar siempre la abnegacion de sí misma.

IV.

El camino más cierto y seguro de llegar á la perfeccion, es el vencerse en todas las cosas.

V.

Si Dios os envía cruces, es señal de que quiere santificaros mucho: y si queréis santificaros, pedidle que os haga padecer mucho.

Pues no hay leño más á propósito

para alimentar el fuego del sagrado amor que el leño de la santa cruz, del cual se valió Jesucristo para su gran sacrificio de inmenso amor.

Conclusion y propósito.

Observaré diligentísimamente estas máximas de piedad, no olvidándome que la oracion es la vida del alma, y que el alma que no ora, caerá pronto ó tarde en grandes pecados. Por esto de día en día me iré confirmando en mis buenos propósitos, y riéndome de las desaprobaciones del mundo, de sus compasiones, de sus burlas, no de otra manera que una persona seria no hace caso y se rie de las sandeces de un pobrecito loco.

Amaré con todo el ardor de mi alma á Jesús y Maria, á fin de que con su proteccion pueda conseguir la gracia de

perseverar fiel á Dios hasta la muerte en medio de las perversiones del mundo, y así merecer seguir en el cielo al Cordero inmaculado donde quiera que vaya, besar á mi amorosísima Madre Maria, y gozar con ellos perpétua y santa paz.

Viva Jesús mi solo amor

y

Maria mi dulce esperanza.

OFRECIMIENTO

de sí misma al Sagrado corazón de Jesús especialmente para el tiempo de la Santa Comunión.

¡Oh mi buen Jesús! ¿cómo podré yo reusar de consagrarme toda á Vos, cuando os veo colgado de la cruz, cubierto de llagas y de confusión por mí? Sí, Jesús mio, yo os ofrezco todo lo que tengo, y todo lo que soy, y me entrego enteramente á Vos. Os ofrezco mis ojos,

que por vuestro amor tendré recatados, para evitar los graves daños que por ellos podrían venir á mi alma. Os ofrezco mi lengua, á fin de que, santificada tantas veces por vuestro Cuerpo Santísimo, nunca os ofenda con palabras contrarias á la pureza, á la humildad y á la caridad. Os ofrezco el sentido del oído, á fin de que mis orejas no se abran nunca para oír conversaciones mundanas. Os ofrezco todo mi cuerpo, para que sea siempre puro y crucificado con sus vicios y malas concupiscencias. Os ofrezco mi voluntad: sed Vos el árbitro y señor de ella. Mas Vos queréis todo mi corazón con sus afectos. Pero, Señor, mirad que este corazón es pobre, soberbio, inmundo, é indigno de Vos. No obstante Vos lo amáis, Vos lo pedís. Vos lo queréis... Aquí lo teneis pues, oh Jesús mio, tomadlo como es, más con la condición de que no le permitais separarse jamás, jamás de Vos. Maria, Madre mia amadísima, in-

tervenid en este ofrecimiento que hago ahora delante de la venerada imagen del Corazon de vuestro Hijo bendito, diré mejor delante de su verdadero Corazon, por qué Jesus está aquí en la Santa Eucaristia, ofrecimiento que renovaré dentro de poco recibéndolo Sacramentado.—Haced que este ofrecimiento sea universal, sea eficaz, sea firme y estable hasta la muerte.

TRISTE RECUERDO.

Poesia compuesta y escrita por Maria Franchi de Cavalieri el dia 24 de Junio de 1888, yaciendo en cama afligida por la enfermedad que acabó con su vida el dia 7 de Septiembre de 1888.

Maria, ¡hace tanto tiempo
Que sufro penas atroces!...
¿No llegan á tí mis voces?
¿No oyes, mi Madre de amor?

Tu que yo más padeciste;
Más eres Madre amorosa:
Sane tu mano piadosa
Este mi mal y dolor.

¡Tantas gracias que me has hecho
Bella Madrecita mia!...
¿Sólo ahora tu sien pia
Es esquivo para mí?
Ea pues, sé generosa...
Abre tu rico tesoro...
O cúrame ¡te lo imploro!
O llámame pronto á Tí.

Yo quiero, si Dios lo quiere,
Levantarme de mi lecho,
Y correr con grato pecho
A tus amorosos piés:
Y ofrecerte en don precioso
Corazon con cuerpo y alma;

Mi sed de amarte no calma,
Más y más viva siempre es.

Respuesta de Maria.

Si, hija mia, me amarás;
Pero, donde amor se apura...
Pero, donde eterno dura...
En el cielo, más no aquí.

A. M. D. G.

ÍNDICE.

	Págs.
Dedicatoria	3
A las Hijas de Maria	5
Apuntes sobre la vida de la noble señorita Maria Franchi de Cavalieri	9
Reglamento de vida cristiana, escrito y pu- blicado por la noble señorita Maria Fran- chi de Cavalieri	53
Para cada dia	54
Cada semana	76
Cada mes	84
Cada año	85
Método para las meditaciones durante el año.	87
Triduo en preparacion á la Santa Confesion.	97
Exámen de conciencia para todas las noches de la semana	99
Exámen de conciencia en el Sábado	101
Sentencias de San Ignacio de Loyola que deben tenerse bien impresas en la memoria.	103
Conclusion y propósito	105
Ofrecimiento de sí misma al Sagrado Corazon de Jesus especialmente para el tiempo de la Santa Comunión	106
Triste recuerdo.—Poesia compuesta y escri- ta por Maria Franchi de Cavalieri	108



INDEX

1. Introduction
 2. The first part of the book
 3. The second part of the book
 4. The third part of the book
 5. The fourth part of the book
 6. The fifth part of the book
 7. The sixth part of the book
 8. The seventh part of the book
 9. The eighth part of the book
 10. The ninth part of the book
 11. The tenth part of the book
 12. The eleventh part of the book
 13. The twelfth part of the book
 14. The thirteenth part of the book
 15. The fourteenth part of the book
 16. The fifteenth part of the book
 17. The sixteenth part of the book
 18. The seventeenth part of the book
 19. The eighteenth part of the book
 20. The nineteenth part of the book
 21. The twentieth part of the book
 22. The twenty-first part of the book
 23. The twenty-second part of the book
 24. The twenty-third part of the book
 25. The twenty-fourth part of the book
 26. The twenty-fifth part of the book
 27. The twenty-sixth part of the book
 28. The twenty-seventh part of the book
 29. The twenty-eighth part of the book
 30. The twenty-ninth part of the book
 31. The thirtieth part of the book
 32. The thirty-first part of the book
 33. The thirty-second part of the book
 34. The thirty-third part of the book
 35. The thirty-fourth part of the book
 36. The thirty-fifth part of the book
 37. The thirty-sixth part of the book
 38. The thirty-seventh part of the book
 39. The thirty-eighth part of the book
 40. The thirty-ninth part of the book
 41. The fortieth part of the book
 42. The forty-first part of the book
 43. The forty-second part of the book
 44. The forty-third part of the book
 45. The forty-fourth part of the book
 46. The forty-fifth part of the book
 47. The forty-sixth part of the book
 48. The forty-seventh part of the book
 49. The forty-eighth part of the book
 50. The forty-ninth part of the book
 51. The fiftieth part of the book
 52. The fifty-first part of the book
 53. The fifty-second part of the book
 54. The fifty-third part of the book
 55. The fifty-fourth part of the book
 56. The fifty-fifth part of the book
 57. The fifty-sixth part of the book
 58. The fifty-seventh part of the book
 59. The fifty-eighth part of the book
 60. The fifty-ninth part of the book
 61. The sixtieth part of the book
 62. The sixty-first part of the book
 63. The sixty-second part of the book
 64. The sixty-third part of the book
 65. The sixty-fourth part of the book
 66. The sixty-fifth part of the book
 67. The sixty-sixth part of the book
 68. The sixty-seventh part of the book
 69. The sixty-eighth part of the book
 70. The sixty-ninth part of the book
 71. The seventieth part of the book
 72. The seventy-first part of the book
 73. The seventy-second part of the book
 74. The seventy-third part of the book
 75. The seventy-fourth part of the book
 76. The seventy-fifth part of the book
 77. The seventy-sixth part of the book
 78. The seventy-seventh part of the book
 79. The seventy-eighth part of the book
 80. The seventy-ninth part of the book
 81. The eightieth part of the book
 82. The eighty-first part of the book
 83. The eighty-second part of the book
 84. The eighty-third part of the book
 85. The eighty-fourth part of the book
 86. The eighty-fifth part of the book
 87. The eighty-sixth part of the book
 88. The eighty-seventh part of the book
 89. The eighty-eighth part of the book
 90. The eighty-ninth part of the book
 91. The ninetieth part of the book
 92. The ninety-first part of the book
 93. The ninety-second part of the book
 94. The ninety-third part of the book
 95. The ninety-fourth part of the book
 96. The ninety-fifth part of the book
 97. The ninety-sixth part of the book
 98. The ninety-seventh part of the book
 99. The ninety-eighth part of the book
 100. The ninety-ninth part of the book
 101. The hundredth part of the book

